

probar ventura. Lo que hizo la monja de sentimiento, más por lo que la llevaba, que por mí, considérelo el pío lector.

## CAPITULO XXIII

*De lo que me sucedió en Sevilla, hasta embarcarme á Indias*

PASÉ el camino de Toledo á Sevilla prósperamente, porque como yo tenía ya mis principios de fullero, y llevaba dados cargados con nueva pasta de mayor y menor, y tenía la mano derecha encubridora de un dado, pues preñada de cuatro, paría tres, llevaba provisión de cartones de lo ancho y de lo largo para hacer garrotes de moros y ballestilla, y así no se me escapaba dinero. Dejo de referir otras muchas flores; porque á decirlas todas, me tuvieran más por ramillete, que por hombre; y también porque antes fuera dar que imitar, que referir vicios de que huyan los hombres; mas quizá declarando yo algunas chanzas y modos de hablar, estarán más avisados los ignorantes, y los que leyeren mi libro serán engañados por su culpa.

No te fies, hombre, en dar tú la baraja, que te la trocarán al despabilar de una vela; guarda el naípe de tocamientos raspados ó bruñidos (cosa con que se conocen los azares). Y por si fueres pícaro, lector, advierte que, en cocinas y caballerizas, pican con alfiler, ó doblan los azares, para conocerlos por lo hendido. Y si tratares con gente honrada, guárdate del naípe, que desde la estampa fué

concebido en pecado, y que, con traer atravesado el papel, dice lo que viene. No te fies del naipe limpio, que al que da vista y retiene, lo más jabonado es sucio. Advierte que á la carteta el que hace los naipes no doble más arqueadas las figuras, fuera de los reyes, que las demás cartas, porque el tal doblar es por tu dinero difunto. Á la primera, mira no dén de arriba las que descarta el que da, y procura que no se pidan cartas, ó por los dedos en el naipe, ó por las primeras letras de las palabras.

No quiero darte luz de más cosas; estas bastan para saber que has de vivir con cautela; pues es cierto que son infinitas las maulas que te callo. *Dar muerte* llaman quitar el dinero, y con propiedad; *revesa* llaman la treta contra el amigo, que de puro revesada no la entiende; *dobles* son los que acarrean sencillos, para que los desuellen estos rastreros de bolsas; *blanco* llaman al sano de malicia, y bueno como el pan; y *negro*, al que deja en blanco sus diligencias.

Yo, pues, con este lenguaje y estas flores, llegué á Sevilla; con el dinero de los camaradas gané el alquiler de las mulas y la comida, y dineros á los huéspedes de las posadas. Fuíme luego á apearse al mesón del Moro, donde me topó un condiscípulo mío de Alcalá, que se llamaba Mata, y ahora se decía (por parecerle nombre de poco ruido) Matorral. Trataba en vidas, y era tendero de cuchilladas, y no le iba mal. Traía la muestra de ellas en su cara, y por las que le habían dado, decía:

— No hay tal maestro, como el bien acuchillado.

Y tenía razón, porque la cara era una cuera y él un cuero. Dijome que había de ir á cenar con él y otros camaradas, y que ellos me volverían al mesón. Fui, llegamos á su posada, y dijo:

— Ea, quite la capa vucé, y parezca hombre, que verá esta noche todos los buenos hijos de Sevilla; y porque no lo tengan por maricón, abaje ese cuello y agobie de espaldas, la capa caída (que siempre andamos nosotros de capa

caída), y ese hocico de tonillo; gestos á un lado y á otro; haga vucé de la g, h, y de la h, g, y diga conmigo: Gerida, mogino, jumo, paheria, mohar, habali y harro de vino.

Tomélo de memoria. Prestóme una daga, que en lo ancho era alfange y en lo largo se llamaba espada, que bien podía:

— Bébase — me dijo — esta media azumbre de vino puro, que si no da vaharada, no parecerá valiente.

Estando en esto, y yo con lo bebido atolondrado, entraron cuatro de ellos con cuatro zapatos de gotosos por caras, andando á lo columpio, no cubiertos con las capas, sino fajados por los lomos, los sombreros empinados sobre las frentes, altas las faldillas de delante, que parecían diademas, un par de herrerías enteras por guarniciones de dagas y espadas, las conteras en guarnición, con los calcañares derechos, los ojos derribados, la vista fuerte, bigotes buidos á lo cuerno, y barbas turcas como caballos. Hicieron un gesto con la boca, y luego á mi amigo le dijeron (con voces mohinas, sisando palabras):

— Seidor, só compadre.

Respondió mi ayo. Sentáronse, y para preguntar quién era yo, no hablaron palabra, sino el uno miró á Matorral, y abriendo la boca y empujando hacia mí el labio de abajo, me señaló; á lo cual mi maestro satisfizo, empuñando la barba y mirando hacia abajo. Con esto se levantaron todos con mucha alegría y me abrazaron, hicieron muchas fiestas, y yo de la propia manera á ellos, que fué lo mismo que si catara cuatro diferentes vinos. Llegó la hora de cenar, y vinieron á servir á la mesa unos grandes pícaros, que los bravos llaman cañones. Sentámonos todos juntos á la mesa; aparecióse luego el alcaparrón, y con esto empezaron (por bien venido) á beber á mi honra, que yo de ninguna manera, hasta que la vi beber, entendí que tenía tanta. Vino pescado y carne, y todo con apetitos de sed. Estaba una artesa en el suelo toda llena de vino, y allí se echaba de bruces el que quería hacer la razón.

Contentóme la penadilla. Á dos veces, no hubo hombre que conociese al otro. Empezaron pláticas de guerra; menudeábanse los juramentos; murieron de brindis á brindis veinte ó treinta, sin confesión. Recetáronse al asistente mil puñaladas; tratóse de la buena memoria de Domingo Tizado y Gayón; derramóse vino en cantidad al alma de Escamilla. Los que las cogieron tristes, lloraron tiernamente al malogrado Alonso Alvarez. Á mi compañero con estas cosas se le desconcertó el reloj de la cabeza, y dijo, algo ronco, tomando un pan con las dos manos, y mirando á la luz:

— Por esta, que es cara de Dios, y por aquella luz que salió por la boca del ángel, que si vucedes quieren, esta noche hemos dar al corchete que siguió al pobre tuerto.

Levantóse entre ellos un alarido disforme, y sacando las dagas lo juraron solemnemente, poniendo las manos cada uno en el borde de la artesa; y echándose sobre ella de hocicos, dijeron:

— Así como bebemos este vino, hemos de beber de la sangre de todo acechador.

— ¿Quién es este Alonso Álvarez—pregunté — que tanto se ha sentido su muerte?

— Mancebo — dijo el uno de ellos — lidiador ahigado, mozo de manos y buen compañero. Vamos, que me retientan los demonios.

Con esto salimos de casa á montería de corchetes. Yo, como iba entregado al vino, y había renunciado en su poder mis sentidos, no advertía el riesgo á que me ponía. Llegamos á la calle de la Mar, donde se encaró con nosotros la ronda. No bien la columbraron, cuando sacando las espadas, la embestimos. Yo hice lo mismo, y limpiamos dos cuerpos de corchetes de sus malas almas, al primer encuentro. El alguacil puso la justicia en sus piés, y apeló por la calle arriba, dando voces. No lo pudimos seguir, por haber cargado delantero; y al fin nos acogimos á la iglesia mayor, donde nos amparamos del rigor de la justicia y dor-

mimos lo necesario para espumar el vino que hervía en los cascós.

Vueltos ya en nuestro acuerdo, me espantaba yo de ver que hubiese perdido la justicia dos corchetes y huido el alguacil de un racimo de uva, que entonces lo éramos nosotros. Pasábamolo en la iglesia notablemente, porque al olor de los retraídos vinieron ninfas, desnudándose por vestirnos. Aficionóseme la Grajales; vistióme de nuevo de sus colores; súpome bien y mejor que todas, esta vida; y así propuse de navegar en ansias con la Grajales hasta morir. Estudié la jacarandina, y á pocos días era Rabi de los otros rufianes.

La justicia no se descuidaba en buscarnos; rondábanos la puerta; pero con todo, de media noche abajo rondábamós disfrazados. Yo, que ví que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme (no de escarmetado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador), determiné, consultándolo primero con la Grajales, de pasarme á Indias con ella, á ver si mudando mundo y tierra mejoraría mi suerte; y fuéme peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbre.